

LAS PALABRAS DEL REGRESO

Edición de Mercedes Gómez Blesa, Salamanca, Amarú, 1995.

Elena Laurenzi

"Las palabras del regreso son precisamente eso: las palabras del regreso de una exiliada, quien, tras haber permanecido durante más de cuarenta y cinco años alejada del país, volvió para ofrecernos esa sabiduría que el tiempo de una vida se encarga de destilar. Tal sabiduría o prenda nos la fue dando muy poquito a poco, casi de una manera fragmentaria, a través de esos artículos suyos que iban apareciendo semanalmente en Diario 16, ABC y El País y que posteriormente dieron lugar a libros tan imprescindibles para el conjunto de la obra zambrana como son *De la Aurora* o *Algunos lugares de la pintura*. A pesar de que una buena parte de estos artículos fueron recopilados por la autora en los dos volúmenes anteriormente mencionados, todavía permanecían dispersos un buen número de ellos entre las páginas de diferentes periódicos españoles. Con la intención de evitar esta dispersión y la posible pérdida de los mismos, nace esta nueva obra que reúne un total de 57 artículos periodísticos de María Zambrano, publicados en la prensa española durante el período comprendido entre 1985 y 1990".

Como nos advierte en esta introducción Mercedes Gómez Blesa, editora del volumen, una considerable distancia cronológica separa los textos que aquí se han recogido: una parte habían sido ya publicados en los años anteriores al regreso -algunos se remontan incluso a antes de la guerra civil- y muchos de los que aparecieron en España por primera vez habían sido escritos en general durante los años transcurridos en La Pièce. Son textos, pues, discontinuos en el tiempo, o mejor aún en los tiempos, en la "multiplicidad de los tiempos" que evocan y a la que remiten: el tiempo infantil del asombro que fija de manera indeleble el hechizo de los libros de la casa paterna; el tiempo intenso, agitado y coral, de los años de la República, del compromiso político, del sueño compartido; el tiempo de los primeros meses de exilio, que María Zambrano vivió con tumultuosa pasión y bajo el peso del corazón como un fardo; el tiempo "feliz" de La Habana, que la había llevado a una condición infantil, hasta "prenatal"; el tiempo sumergido de las catacumbas y de las vísceras de la ciudad descubiertas en Roma, donde había intensificado el significado de su viaje "órfico-pitagórico"; el tiempo concentrado del recogimiento nocturno y de la contemplación de la aurora en los años transcurridos en La Pièce; el tiempo, en fin, del retorno a España, que es el tiempo de la calma gozosa y de los recuerdos, a los que ahora ya María Zambrano podía abandonarse con benevolencia, a veces con ironía, siempre con renovada emoción. Y los tiempos múltiples se trenzan en la escritura de forma no lineal, dando vida a una narración modulada en estructuras polimórficas en las que pasado, presente y futuro se confunden trascendiendo sus propios límites.

Discontinuos en el tiempo, estos artículos lo son también en el tono y en la forma. Algunos son complejos y elaborados, como el magistral ensayo sobre Benedetto Croce o el dedicado a Pirandello, otros son simples transcripciones de recuerdos o reflexiones surgidas en el curso de una entrevista o de una conversación. Algunos tienen un carácter ocasional, aunque nunca son escritos "circunstanciales". Otros reelaboran, por el contrario, temas fundamentales de su filosofía: el poder, el amor, la piedad, el sueño, la metamorfosis, el nacimiento. Esta constelación tan abigarrada tiene, sin embargo, una

profunda coherencia. En su conjunto, estos textos parecen responder a una necesidad íntima de transmisión, al deseo de dejar algo, "algo así como la expresión concentrada, como una bebida de la propia vida, de aquello que nos ha sido dado como obligación sagrada a reverenciar y a querer, aquello que nos ha movido, aquello por lo que nos movimos".

En la experiencia de la historia que María Zambrano transmite a España y a sus jóvenes no existe el desencanto de quien ha vivido mucho, y tampoco la ilusión de poder proporcionar una vía de escape a la reiteración de la historia trágica, "sacrificial". Hay más bien la voluntad de rescatar el pasado de la deformación de la historiografía oficial que lo fija en hechos mudos y en leyes inmutables, para hacer emerger sus potencialidades escondidas, la promesa anunciada en algunas de sus "visiones y descubrimientos". Visiones que aparecen como la cifra de toda una época y de su significado profundo. La República española, cuya suerte compartió hasta sus últimas y dramáticas consecuencias, representó para María Zambrano "una aurora nueva, como el resurgir de una España niña". Y una aurora "ahogada en sangre" es la cifra de esa generación de jóvenes españoles que dieron la vida por la República: la "Generación del Toro". Jóvenes estudiantes con un porvenir brillante, que se despojaron de la condición estelar de pensadores, en la que tantos viejos liberales, por el contrario, se involucraron y respondieron a la llamada de las circunstancias ofreciéndose totalmente, "desnudos y sin cobijo".

Estos ensayos recorren de nuevo un trayecto que nace en esa historia, en esa peculiar experiencia de la historia. Son el testimonio de una filósofa que ha aceptado vivir hasta el fondo e indagar cualquier aspecto de la condición humana, y que por ello ha transitado a lo largo y ancho de la tierra, en lugar de limitarse a ejercer el poder de la mirada que domina desde lejos. Sin embargo, no hay heroísmo ni protagonismo en su narración, que no puede definirse, propiamente, autobiográfica, porque falta esa suerte de autocomplacencia que casi siempre aletea en la decisión de novelarse, de objetivar el propio ser. El yo, cuando aparece, lo hace tímidamente, esquivo, reticente a quedar fijado en un mito o en un personaje. La identidad del sujeto de la narración no se afirma narcisistamente como un principio, sino que se disemina mezclándose en el "nosotros", o se proyecta en la tercera persona para después fragmentarse en un juego de referencias entre "la muchacha de entonces" y "la que tan lejos está, o tan cerca, de volver a serlo".

En la trama de los múltiples hilos que se tejen en estos últimos ensayos, en los intrincados trayectos de la memoria en su ir y venir, se perfila, sin embargo, la figura íntegra de María Zambrano, vida y pensamiento unidos. Como si la mirada del retorno le permitiese verificar el cumplimiento íntimo y auténtico de su trayecto biográfico y filosófico, su "vocación", que no sentía sólo como una llamada de lo alto, sino también como llamada del prójimo, nuestro hermano. Más que fragmentos de una "imposible autobiografía", estos textos recogen el acto de una confesión; una confesión que se hace posible sólo después del retorno, cuando el hermetismo del exilio se había abierto y la comunicación había vuelto a fluir: "aun la confesión nacida de un corazón limpio puede quedar truncada si este corazón no ha sido aceptado por los hombres coetáneos".

Ahora, próxima a la muerte, María Zambrano no renuncia a comparecer ante la propia ciudad. Y tal vez justamente en este sentir la comunidad, la convivencia, se encierra el núcleo de su vocación filosófica, que, desde su primer escrito publicado, Por qué se escribe, mantiene viva la tensión entre la reflexión solitaria - "el diálogo del alma

consigo misma"- y la pasión de la confrontación con el otro: "escribir es defender la soledad en que se está: es una acción que brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable".

Para María Zambrano la relación con la ciudad, con el mundo, jamás podía quedar eludida de la reflexión filosófica, tampoco cuando ésta se adentraba en el camino inaccesible de la búsqueda espiritual solitaria. El ensayo quizá más elocuente de esta recopilación, Los peligros de la paz, lo escribió en noviembre de 1990, seis meses antes de su muerte. Es su último testimonio, su última llamada frente al horror de la guerra del Golfo Pérsico. El último acto de su "estar en el mundo" al que nunca había sabido, ni querido renunciar.

Traducción del italiano: Carmen Revilla